
Procesos de globalización

PID_00248457

Mariona Lloret Rodà

Tiempo mínimo de dedicación recomendado: 4 horas



Índice

Introducción.....	5
1. ¿Qué significa globalización?.....	7
2. Bases históricas de la (proto)globalización.....	11
3. La Gran Divergencia.....	16
3.1. El punto de vista geográfico	17
3.2. El punto de vista institucional: Niall Ferguson	20
3.3. El punto de vista sintético: Kenneth Pomeranz	23
4. La Revolución Industrial y la globalización en el siglo XIX....	28
5. Cambios ochocentistas globalizadores.....	33
Resumen.....	41
Bibliografía.....	43

Introducción

El término *globalización* hace referencia, a grandes rasgos, a todos aquellos procesos económicos, pero también políticos, sociales y culturales, que hacen que el mundo esté más interconectado. A menudo, se utiliza dicha palabra para hablar de la aceleración de las comunicaciones y el establecimiento de una economía de mercado global en las últimas décadas del siglo XX, pero la globalización es un fenómeno histórico que se inició siglos antes de la invención de internet o de las empresas multinacionales contemporáneas. En este módulo estudiaremos los primeros procesos de protoglobalización y cómo, a lo largo de los siglos XVIII y sobre todo XIX, el mundo se fue configurando de manera crecientemente global. A pesar de que el foco de interpretación será principalmente económico, también tocaremos otros ámbitos afectados por la serie de cambios producidos en este periodo.

También analizaremos el fenómeno conocido como la Gran Divergencia, que supuestamente se inició en torno al año 1800 y que hace referencia a las disparidades económicas crecientes entre Europa y el resto del mundo. Estudiar esta temática es de gran importancia para entender las raíces históricas de la configuración mundial en la actualidad y para plantearse que la supremacía de Europa o de Occidente, a mediados del siglo XVIII, no estaba asegurada, puesto que había otras regiones mundiales que disponían de tecnología, cultura y economía comparables a las europeas.

Por supuesto, el comercio fue un factor de gran relevancia para el proceso globalizador. Las bases de la futura globalización empezaron a construirse con la llegada de los europeos al continente americano y el establecimiento de intercambios comerciales. Así pues, hay autores que, al referirse al sistema económico mundial desde el 1500 en adelante, usan el concepto de protoglobalización. Veremos, por lo tanto, que se trata de un proceso histórico y que hay ciertas discrepancias respecto a su nacimiento.

A lo largo de los siglos XVIII y XIX, con la llegada de la industrialización y el inicio de la llamada Gran Divergencia, que trataremos más adelante, con Europa como centro, se establecían las jerarquías mundiales que, de alguna manera, duran hasta la actualidad. Debataremos, entonces, cómo el hecho de que el continente europeo desarrollara más tecnología y poder económico dio paso a ideas de superioridad respecto al resto del mundo y cómo este debate historiográfico continúa hoy en día. Procuraremos distanciarnos de ideas eurocéntricas.

Referencia bibliográfica

A. G. Hopkins (ed.) (2002).
Globalization in World History.
Londres: Pimlico.

1. ¿Qué significa globalización?

La globalización es un término controvertido que se creó durante la década de 1980 para poder definir el proceso de creciente conectividad mundial que tenía lugar de manera acelerada en aquel periodo. No obstante, hay que decir que unos veinte años antes, en Japón ya se había formulado un concepto similar para describir el mismo fenómeno. Así pues, vemos cómo desde la segunda mitad del siglo XX ha existido la necesidad de crear un neologismo para poder categorizar con claridad el evidente empequeñecimiento del mundo.

Sin embargo, si escapamos un momento de la manera como gran parte de la población entiende el concepto y volvemos la mirada atrás para ver la historia de la interconectividad entre varias sociedades humanas, observamos que, en realidad, los vínculos a grandes distancias y los intercambios producidos como consecuencia tienen raíces muy lejanas en el tiempo. Desde esta perspectiva vemos cómo la globalización, tal como la concebimos hoy en día, es la manifestación más reciente de un complejo y largo proceso histórico, que explica la configuración del mundo actual.

Antes de entrar en detalle, valdría la pena dar un vistazo a varias definiciones del término *globalización* de la mano de diferentes historiadores expertos en la materia para concluir que no hay un consenso firme sobre su significado:

«globalization is the process of transformation of local phenomena into global ones; a process by which the people of the world are unified into a single society and function together».

Peter N. Stearns (2010). *Globalization in World History* (pág. 1). Londres / Nueva York: Routledge.

Para este autor, hay una tendencia hacia la homogeneización mundial, que no necesariamente va ligada a la eliminación de las tradiciones o culturas locales.

«globalization is itself a term whose meaning is not clear and over which substantial disagreements exist among those who use it. It can be used so broadly that it embraces everything and therefore means nothing».

Frederick Cooper (2005). *Colonialism in Question: Theory, Knowledge, History* (pág. 96). Berkeley: University of California Press.

Cooper opina que llegar a una definición concreta es imposible.

Dentro del debate, parece que el tema que genera más polémica es determinar cuándo empezó la globalización.

Referencia bibliográfica

Peter N. Stearns (2010). *Globalization in World History* (págs. 1-2). Londres / Nueva York: Routledge.

Algunos académicos argumentan que ha sido un proceso de siglos que ha acompañado a la experiencia humana en diferentes momentos de la historia en forma de muchos tipos de conexiones: migraciones, enfermedades, decisiones políticas...

Otros autores opinan que no se puede retrotraer tanto en el tiempo para explicarlo:

«[el concepto] cannot be salvaged by pushing it backward in time, for the histories of the slave trade, colonization, and decolonization, as well as the travails of the era of structural adjustment fit poorly in any narrative of globalization-unless one so dilutes the term that it becomes meaningless».

Frederick Cooper (2005). *Colonialism in Question: Theory, Knowledge, History* (pág. 92). Berkeley: University of California Press.

En este módulo argumentaremos que, si bien la globalización como se entiende hoy en día en referencia al creciente y veloz contacto mundial (a través de internet, entre otros) y de la emergencia de multinacionales por todas partes es muy reciente, hay raíces históricas que se remontan, al menos, a los últimos tres siglos que hacen posible afirmar que la globalización es un proceso de larga duración y que no depende exclusivamente de Europa o de Estados Unidos.

En este sentido, el historiador Robbie Robertson ha establecido tres fases u oleadas históricas diferenciadas de la globalización:

- A partir del año 1500, momento en el que el comercio regional se hizo global y época también conocida como la era de las exploraciones.
- A partir de 1800, donde la globalización tomó fuerza gracias a la industrialización.
- A partir de 1945, con el establecimiento de un nuevo orden internacional, después de la Segunda Guerra Mundial, con la formación de instituciones como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Organización de las Naciones Unidas.

Otros autores sitúan el inicio de la globalización en periodos muy anteriores a 1500. A pesar de que no entraremos en ello, vale la pena apuntar que los procesos de interacción cultural, económica y social a gran distancia en el mundo antiguo y medieval se pueden concebir colectivamente como una **globalización arcaica**, que haría referencia a las primeras oleadas migratorias, diferentes conquistas militares y el establecimiento de comercio en regiones que conectarían amplios territorios, como por ejemplo el Mediterráneo, pero que no constituirían procesos realmente globales. Lo que sí que resulta relevante de estas primeras interconectividades es la emergencia de la conciencia de la alteridad, es decir, de la existencia de otros pueblos y culturas y de la necesidad de expandir el conocimiento sobre estos y de encontrar sincretismos.

Referencia bibliográfica

Peter N. Stearns (2010). *Globalization in World History* (págs. 5-6). Londres / Nueva York: Routledge.

Referencia bibliográfica

Robbie Robertson (2003). *The Three Waves of Globalization: A History of a Developing Global Consciousness*. Nueva Escocia / Nueva York: Fernwood / Zed Books.

Un ejemplo capital de esta ambición son las conquistas de Alejandro Magno, cuyas tropas conquistaron un territorio que va desde la actual Grecia hasta la India en el siglo IV a. C. El proyecto del monarca macedonio buscaba no solo el dominio sobre grandes territorios, sino también la fusión de las culturas helénica y persa, como demuestra el hecho de que se casó con una mujer persa y que obligara a muchos de sus generales y soldados a hacer lo mismo. Las obras de arte creadas en los reinos que sucedieron al Imperio de Alejandro Magno son buenos ejemplos de fusión cultural al incorporar elementos estéticos provenientes de diferentes tradiciones. Algunos de los más famosos son las piezas budistas llamadas arte de Gandhara, creadas en las actuales Afganistán y Pakistán, que representan figuras y edificios con motivos griegos.



Bodhisattva Maitreya, Buda Gautama y Bodhisattva Avalokitesvara. Siglos II y III d. C. en Gandhara, Pakistán. Fijaos en las togas que visten y los capiteles de las columnas, similares al estilo del arte grecorromano. Fuente: Wikipedia.

Otro ejemplo capital en la globalización arcaica son las conquistas de Gengis Khan, que estableció un imperio que acabaría por cubrir la mayor parte de Eurasia, desde la actual Hungría hasta Vietnam, incluyendo China, Persia y el sur de Rusia. Gracias a la creación de este imperio en el siglo XIII, las **rutas de la seda** que conectaban los extremos de Eurasia experimentaron un renacimiento que facilitó intercambios comerciales a larga distancia sin precedentes. Sin embargo, estas rutas de intercambios tuvieron efectos nocivos concomitantes en el proceso globalizador incipiente. Concretamente, a mediados del siglo XIV, un brote de peste bubónica en el sudeste de China se expandió a lo largo de estos canales de intercambio comercial y provocó la famosa **peste negra**, que se cobró la vida de aproximadamente una tercera parte de la población euro-asiática.

Los escritos de viajeros que cruzaron estos caminos acercaban mundos lejanos a lectores cercanos. Es muy conocido el caso de Marco Polo, quien, a través de las rutas de la seda, llegó a la corte de Kublai Khan, nieto de Gengis Khan. También es fascinante el relato del viajero musulmán nacido en la ciudad de

Tánger Ibn Battuta, contemporáneo de Polo, que recorrió todavía más kilómetros y narró sus aventuras e impresiones en una obra monumental. Las obras de ambos viajeros circularon enormemente y estimularon la imaginación de muchos.

Estos ejemplos no muestran que la globalización ha sido un fenómeno vinculado a la experiencia humana desde sus inicios, pero sí que son indicativos de la propensión al contacto, al intercambio y a la interacción de diferentes grupos humanos provenientes de territorios separados, y sientan la raíz de futuros movimientos auténticamente globalizadores que irían creciendo a lo largo de los siglos siguientes.

2. Bases históricas de la (proto)globalización

A partir de los siglos XVI y XVII, como consecuencia de la llegada de los europeos a América y del inicio del conocido intercambio triangular en el Atlántico, se estableció un sistema de intercambio comercial de escala plenamente global.

El intercambio colombino permitió el establecimiento de un sistema alimentario más global, en el cual productos y animales americanos se consumían en tierras europeas y asiáticas, y viceversa.

El intercambio colombino provocó un cambio radical en las sociedades a las que afectó. En América, la introducción de especies de ganado, como la vaca, el cerdo, la oveja, la cabra, el caballo, la gallina, etc., cambió no tan solo la dieta, sino que también transformó la configuración económica de regiones enteras y el equilibrio ecológico del continente. Más tarde, la introducción de estas mismas especies en Australia provocaría un desajuste ecológico todavía más drástico. Los europeos y africanos que se establecieron en los nuevos continentes llevaron con ellos de manera inconsciente numerosas enfermedades infecciosas para las cuales las poblaciones locales no tenían anticuerpos. El resultado fueron unas epidemias de sarampión, varicela o viruela que provocaron un colapso importante en la población local. A pesar de que se debate cuánta gente perdió la vida debido a estas enfermedades, parece que hay consenso en que fue entre el 80 y el 90 % de la población indígena en América.

Cultivos de origen euroasiático, como el trigo, la viña, los cítricos, la cebolla o el café, acabarían transformando el paisaje y la economía de lugares como el actual estado de Kansas (Estados Unidos) –actualmente uno de los principales productores de trigo–, Chile o Argentina –países productores de vino en el presente–, Colombia y Brasil –principales productores de café a nivel mundial hoy en día. No obstante, quizá la importación agrícola más importante fue la caña de azúcar, puesto que cambió la economía y la sociedad, especialmente caribeña y de Brasil. La introducción del azúcar acabaría provocando el paso de una economía agrícola diversificada al monocultivo, el paso de pequeñas granjas o unidades de producción modestas a un sistema de grandes plantaciones que usarían esclavos. A nivel mundial, esta «revolución del azúcar» tuvo efectos trascendentales. Se ha argumentado que produjo un incremento masivo de comercio en el Atlántico y un cambio en la nutrición y la dieta, que motivó a los europeos a buscar colonias tropicales e incentivó la acumulación de capital, que permitiría, más adelante, la Revolución Industrial.

Referencia bibliográfica

B. W. Higman (2011). «The Sugar Revolution». En: *A Concise History of the Caribbean* (págs. 98-99). Nueva York: Cambridge University Press.

Esta transformación económica también supuso una transformación ecológica y tuvo un impacto profundo en las enfermedades, puesto que se introdujeron desde África la malaria y la fiebre amarilla, que se harían endémicas de la zona.

En sentido contrario, Europa no vio la introducción de animales de origen americano, pero sí de cultivos. Además del maíz, que en el siglo XVIII se acabaría convirtiendo en un alimento importante en ciertas regiones como en el norte de Italia (donde se usa para elaborar la polenta), también llegó el tomate, el pimiento, los cacahuets, la calabaza y el calabacín. No obstante, el producto más importante fue, probablemente, la patata, cuyo cultivo se extendió por toda Europa y se convirtió en una parte fundamental de la gastronomía de todo el continente.

La patata facilitó la explosión demográfica europea del siglo XIX, y en China, junto con el moniato, se cultivó de manera extensiva y facilitó un aumento exponencial de la población.

La patata

La patata, actualmente, es el cuarto producto alimentario más importante a nivel mundial después del trigo, el maíz y el arroz. Su extensión se debió a su alto poder nutritivo, a que es fácil de cultivar y a que se produce en gran variedad de climas.

Sin embargo, la dependencia exclusiva de este producto generó una serie de problemas. En Irlanda, entre 1845 y 1852 una plaga destruyó la producción de patata, lo que, unido a una mala gestión de las autoridades británicas, provocó un hambre devastadora que se cobró la vida de un millón de personas e hizo que emigrara otro millón. Es decir, Irlanda perdió entre un 20 y un 25 % de la población. La migración de irlandeses en todo el mundo se sumó a los grandes movimientos poblacionales ochocentistas, detonantes del proceso de globalización.

Más allá de los productos y las especies animales y vegetales que cambiaron el mundo entre los siglos XVI y XIX, los intercambios comerciales de esta época asentaron las bases del sistema comercial mundial e impulsaron la emergencia del capitalismo. Ya hemos comentado que la expansión europea por el mundo conectó varios sistemas comerciales entre sí y permitió un aumento notable en la cantidad y la variedad de productos intercambiados a nivel mundial. Además, este proceso también abrió un nuevo sistema comercial en el Atlántico: el comercio triangular.

A partir de las colonias caribeñas, que, como hemos visto, se especializaron en la producción de azúcar (a pesar de que tenemos que mencionar la importancia del tabaco, cuyo consumo se popularizaría en todo el mundo), se comerciaba este producto en lugares como Nueva Inglaterra, donde se transformaba en ron, que después se vendía en Europa y se intercambiaba por productos manufacturados como armas, que más tarde se transportaban al África subsahariana y se intercambiaban por esclavos, que se llevaban a trabajar a

Referencia bibliográfica

John Robert McNeill (2010). *Mosquito Empires: Ecology and War in the Greater Caribbean, 1620-1914*. Nueva York: Cambridge University Press.

La población de Irlanda

Hoy en día, el número de habitantes de Irlanda todavía es inferior al que había antes del hambre.

las plantaciones azucareras en el Caribe, con lo que volvía a empezar el ciclo. Como las mismas élites controlaban el comercio en todos estos lugares, en todas las transacciones se generaba mucho beneficio, lo que permitió una gran acumulación de capitales.

Al azúcar y tabaco se le sumó la producción de algodón, que sería algo muy importante para la economía de los estados del sur de Estados Unidos desde finales del siglo XVIII. La extensión del cultivo de algodón permitió a los europeos, ya en el siglo XIX, superar a la India como principal productora de textiles a nivel mundial y acabar con una hegemonía que duraba desde hacía siglos. Como veremos más adelante, cuando hablamos del historiador Kenneth Pomeranz, el acceso a colonias atlánticas que permitían el cultivo de algodón y otros productos durante este periodo facilitó el desarrollo de los procesos que se conocen como Revolución Industrial en Inglaterra.

Al comercio triangular se tienen que añadir las interacciones entre las colonias americanas y Asia. El establecimiento del galeón de Manila, una ruta comercial que atravesaba el Pacífico y conectaba los puertos de Manila (Filipinas) y Acapulco (Nueva España), daría pie a 250 años de conexiones e intercambios de productos entre Asia y América (1565-1815), entre los cuales había seda, especias, porcelana, marfil y productos artísticos (como mamparas japonesas o artesanía china), a cambio de plata y recursos naturales. También fue muy importante la llegada de gran cantidad de esclavos asiáticos a Nueva España.

Desde una perspectiva global, la consolidación de Manila significó que, por primera vez en la historia, todos los continentes estuvieran entrelazados por interacciones ininterrumpidas. Como observa Arturo Giráldez, a los intercambios del Atlántico, el Índico y el mar de la China meridional, los galeones añadieron una conexión a través del océano Pacífico.

La consolidación de un mundo más conectado no significaba el establecimiento de un centro político o económico claro. Durante esta protoglobalización, la expansión de Europa se producía paralelamente al crecimiento de otras zonas o regiones en un mundo que aún no se podría catalogar de plenamente «occidentalizado».

Referencia bibliográfica

Rubén Carrillo (2017). *Las gentes del Mar Sangley*. Ciudad de México: Palabra de Clío.

Referencia bibliográfica

Arturo Giráldez (2015). *The Age of Trade: The Manila Galeons and the Dawn of the Global Economy* (pág. 2). Londres: Rowman & Littlefield.

Referencia bibliográfica

C. A. Bayly (2004). *The Birth of the Modern World, 1780-1914* (págs. 41-42). Malden / Melbourne / Oxford: Blackwell Publishing.



Rutas comerciales portuguesas (azul) y españolas (en blanco) durante la llamada «era de la exploración» (siglo XVI). Fuente: Wikipedia.

El Imperio español se vería enormemente beneficiado cuando la dinastía china Ming decidió, a principios del siglo XVI, cambiar y unificar el método de pago de impuestos de la población, que a partir de entonces se haría a través de plata. Esta reforma se conoce como la Reforma del latigazo único (*single whip reform*) y, aunque parezca un simple asunto económico interior, cambió la economía mundial. El incremento de la demanda de plata de las colonias americanas, sobre todo en el Potosí, en la actual Bolivia, hizo que aumentara el comercio entre China y Europa. No solo esto, sino que, como explican Kenneth Pomeranz y Steven Topik:

«China began replacing depreciated paper and copper currency with silver, it set into play forces that would affect remote peoples on five continents. The Chinese traded their silks to the British and the Dutch who bought them with Spanish pesos that had been minted by African slaves in what is today Mexico and Bolivia and mined by indigenous peoples recruited through adapted forms of Incan and Aztec labor tribute».

Kenneth Pomeranz; Steven Topik (2015). *The World That Trade Created: Society, Culture, and the World Economy, 1400 to the Presente* (pág. xi). Nueva York: Routledge.

Como se puede ver en la cita anterior, el mundo se estaba configurando de tal manera que se podría definir como un momento de protoglobalización. La plata incrementaba el comercio y los intercambios a nivel mundial. Los esclavos africanos llevados a América trabajaban el material que los británicos usaban para intercambiar con los chinos. Pero esta interconectividad no solo implicaba más comercio o más dependencia en términos económicos, también comportaba mezcla e intercambios culturales que afectarían a las sociedades locales de manera duradera.

Ejemplo

En Cuba se desarrolló un sincretismo religioso muy interesante, en el cual se mezclaban tradiciones originarias de Nigeria y expresiones religiosas locales. Estas influencias dieron paso a la emergencia de sociedades secretas como la de los Abakuá, un grupo religioso afro cubano que se inspiraba en prácticas yoruba.

Nota

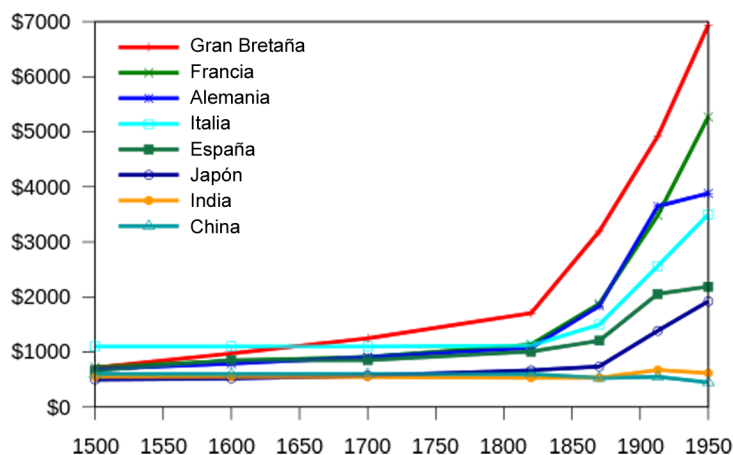
Como ya hemos dicho muchas veces, si algo demuestra lo que hemos visto hasta ahora, es que la globalización es un proceso histórico de larga duración y no un fenómeno norteamericano nuevo de las últimas décadas (tipificado con la aparición de McDonald's en todo el mundo), sino que tiene las raíces en siglos de interconectividad económica y cultural creciente. También hay que enfatizar que personas de origen no europeo tuvieron un peso importante en su desarrollo. De este modo, y contrariamente a lo que a menudo se asume, en la expansión de la globalización, agentes de otros continentes, como por ejemplo China, jugaron un papel primordial. En el estudio de la historia, como recuerdan Pomeranz y Topik (*op. cit.* pág. xii), es capital procurar rehuir miradas eurocentristas y optar por un punto de vista más global de los fenómenos mundiales.

3. La Gran Divergencia

Al tratar la configuración del orden mundial actual y sus raíces históricas, es indispensable hacer referencia a la llamada Gran Divergencia, término que nos remite al momento (diferente según los autores) en el que las diferencias económicas entre Europa y el resto del mundo crecieron, de modo que el continente europeo se expandió y enriqueció de manera exponencial en comparación a los otros países.

Hay que tener presente que, hacia el año 1750, otras regiones del mundo, como por ejemplo China, bajo la dinastía Qing, o el Imperio otomano, habían logrado un nivel de vida similar al de ciertas partes de Europa, lo que hace plantear la duda de si esta divergencia mundial fue accidental o se podía prever que se produciría en Europa. El análisis de esta temática es primordial para comprender la configuración del mundo en la actualidad y cómo se consolidó el capitalismo como sistema predominante. Hay que añadir que, como es propio de la disciplina histórica, el debate no está resuelto.

En la gráfica siguiente, se puede apreciar la Gran Divergencia en números. Vemos cómo partir del año 1800 hay un crecimiento acelerado en países de la Europa occidental, mientras que China y la India mantienen un PIB per cápita similar a lo largo del periodo (el caso de Japón es excepcional):



Fuente: Wikipedia.

La Gran Divergencia se puede explicar desde tres puntos de vista muy diferentes basados en ámbitos distintos:

- **Punto de vista geográfico.** Toma como protagonistas a las personas y propone que el entorno o el medio ambiente determinaron la evolución de las sociedades humanas.

- **Punto de vista institucional.** Pone el énfasis en la influencia de las personas y las instituciones a la hora de llevar a cabo el desarrollo económico de un país.
- **Punto de vista sintético.** Procura explicar la divergencia con una mirada más cuidadosa que cuestiona que Europa estuviera de alguna manera pre-determinada a desarrollar la industrialización.

3.1. El punto de vista geográfico

El biólogo Jared Diamond se situaría entre los postulantes de la interpretación medioambiental. El autor propone que la Gran Divergencia se inició ya con el Neolítico y que los factores de la naturaleza dotaron a las zonas europeas de más capacidad para desarrollarse, por ejemplo, a través de la inmunidad a ciertas enfermedades que, en cambio, matarían a miles de personas fuera del continente, o de la ventaja del clima. Diamond rechaza la idea de superioridad cultural, material o incluso genética de los europeos, pero afirma que existían unas condiciones naturales que facilitaron el desarrollo tecnológico y económico de Eurasia.

Los europeos han dominado el mundo con tres elementos: poder militar, microbios letales y tecnología avanzada. Diamond se pregunta cómo pudieron desarrollar estas ventajas y por qué el planeta devino tan desigual.

El autor viajó a Papúa Nueva Guinea cuando era joven y se interesó por el estudio de los pájaros, hasta convertirse en un experto. Mientras estaba en Papúa, conoció a un tal Yali, que le preguntó: «¿Por qué los hombres blancos tienen tantas cosas y la gente de Nueva Guinea tan pocas?». Diamond se dio cuenta de que no tenía una respuesta fácil y decidió iniciar un estudio que pudiera tratar la temática de manera satisfactoria e innovadora. De entrada, rechazó los argumentos racistas típicos del siglo XIX y la primera mitad del XX que propugnaban la superioridad intelectual del hombre blanco y buscó otros factores que explicaran esta disparidad.

En primer lugar, tenía que identificar el momento en el que se acabó la situación donde las condiciones sociales y económicas de prácticamente todos los habitantes de la Tierra fueran equiparables y situó este momento al final de la era glacial, hace unos 13.000 años. El primer proceso que haría que una parte de la población mundial acumulara más bienes materiales fue la transición de sociedades cazadoras-recolectoras a las sociedades agrícolas. Diamond descarta que los primeros grupos humanos que adoptaron la agricultura fueran

Referencia bibliográfica

Jared Diamond (1997). *Guns, Germs, and Steel: The Fates of Human Societies*. Nueva York / Londres: W. W. Norton & Company.

particularmente capaces o intuitivos; en cambio, propone que el factor clave fue la disponibilidad de especies de plantas susceptibles de ser cultivadas y que produjeran muchas calorías con relativamente poco esfuerzo.

Los términos del estudio

El autor comparó el árbol del sagú, que se recolecta y se procesa en Nueva Guinea para cocinar su pulpa, con el trigo o la avena salvajes que había en Oriente Medio. El sagú contiene pocas proteínas y calorías y requiere muchas horas de trabajo para producir solo unos cuantos kilos de materia comestible, en cambio, el trigo o la avena permiten producir mucha comida con poco esfuerzo y se pueden almacenar con facilidad. Así explicaba cómo en aquel territorio surgieron los primeros granjeros del mundo, que, de manera inconsciente, empezaron a domesticar especies de entonces para producir más comida.

En otras regiones del mundo, más tarde, también se desarrolló la agricultura durante el mundo antiguo. En China se inició el cultivo de arroz; en América, el de maíz, calabacín y judías, y más tarde, en África, la gente cultivó mijo y moniato. Según Diamond, en estas regiones donde se desarrolló la agricultura, emergieron civilizaciones prósperas. Las dificultades y el escaso rendimiento del cultivo del árbol del sagú le sirvieron para explicar por qué en Papúa-Nueva Guinea no pasó lo mismo.

La agricultura fue un factor primordial en la desigualdad humana, pero hay que matizarlo: las sociedades con acceso a cultivos más productivos y nutritivos conseguirían un desarrollo social y económico superior a las que tenían acceso a cultivos más problemáticos.

Según Diamond, la Gran Divergencia estuvo, por lo tanto, marcada por el azar en la geografía, la cual afectaría a las sociedades modernas siglos más tarde.

La domesticación de animales también tuvo un peso en la evolución de los grupos humanos, puesto que complementaban la agricultura permitiendo la tracción de grandes arados, que incrementaban la productividad de la tierra: más extensión, más velocidad, más profundidad del surco. En Papúa-Nueva Guinea, entre otras zonas, el arado no se usó porque no había animales que pudieran arrastrarlo, como vacas, camellos u ovejas; solo había cerdos. En América, la ausencia de grandes animales domesticados limitaba la tecnología agrícola a la coa, un instrumento parecido a la azada que se usaba para hacer agujeros en la tierra por depositar las semillas.

Cabe señalar que de los animales más domesticables a nivel mundial, la mayoría provenían de Oriente Medio o del llamado Creciente Fértil, el mismo origen de los cultivos más productivos y nutritivos. Pese a todo ello, como el clima era demasiado seco y la ecología no era constante, el territorio no man-

tendría su resplandor. De todos modos, los cultivos y los animales domesticados llegarían a otras zonas de la misma latitud, dando paso a nuevas y poderosas civilizaciones: Egipto, Grecia, Roma.



Técnica agrícola en el Antiguo Egipto. Se puede ver cómo se usan animales de arrastre. Pintura en la tumba de Sennedjem, ca. 1200 a. C. Fuente: Wikipedia.



Técnica agrícola en Mesoamérica. Coa de hoja. Códice Florentino, libro IV f. 72. Fuente: Wikipedia.org.

En cuanto a la tecnología, Diamond argumenta que para poder desarrollar sociedades con herramientas hechas de metal, era necesario que hubiera individuos dedicados exclusivamente a trabajarlos, lo que implicaba que la producción agrícola pudiera alimentar a más personas que las que cultivaban la

tierra. En el caso de Nueva Guinea, esta situación no se daba, de modo que la sociedad siguió usando herramientas hechas de madera y otros materiales naturales.

Ejemplo

Cuando los españoles invadieron América montados en caballos y con armas de fuego y espadas de acero, la disparidad con los indígenas locales, que no disponían de animales domesticados ni de hierro, era grande. Los europeos habían heredado la tecnología de trabajar el metal del Creciente Fértil, muy cercano geográficamente, y lo habían desarrollado. Esto les dio una ventaja clara respecto a los que serían conquistados.

A diferencia de lo que pasaba en Eurasia, donde había una facilidad de conectar el continente de este a oeste debido a la similitud de vegetación y latitud, en América, el contacto entre civilizaciones era más difícil (era norte-sur). Así, por ejemplo, los incas fueron un pueblo aislado donde la invención de la escritura de los mayas del sur de México no llegó.

Además de todo lo que hemos explicado, los europeos llevaron a América enfermedades infecciosas a las cuales ya estaban inmunizados, como la varicela, y que causarían epidemias y matarían a centenares de indígenas. Diamond explica este hecho por la costumbre de los europeos de convivir con animales domesticados y por las epidemias medievales que los habían hecho más resistentes a enfermedades, resistencia que heredaban las futuras generaciones.

Diamond concluye que los europeos fueron «conquistadores accidentales», es decir, que no tenían más iniciativa o inteligencia que otras poblaciones humanas, sino que disponían de las facilidades geográficas azarosas que les permitieron obtener gérmenes y armas para emprender esta ambiciosa empresa. A partir de entonces, los europeos dispondrían de una serie de ventajas que los llevarían a dominar el mundo en el siglo XIX.

A pesar de que las condiciones medioambientales juegan un papel fundamental en el curso de la historia humana, la crítica principal que se le puede hacer a Diamond es que excluye otros factores también primordiales y, de alguna manera, argumenta que la naturaleza predetermina el camino sin dejar lugar a las decisiones y acciones humanas.

3.2. El punto de vista institucional: Niall Ferguson

Como ejemplo de académico que opta por el punto de vista institucional, nos fijaremos en el historiador Niall Ferguson, que argumenta, contrariamente a Diamond, que no fue la geografía, sino las condiciones materiales y culturales de Europa lo que la situaron en una posición ventajosa para desarrollar una

economía industrializada desde principios del siglo XVI. Su visión de los imperios extraeuropeos es polémica, puesto que los concibe como espacios de hermetismo y falta de innovación:

«In the plains of Eastern Eurasia, monolithic Oriental empires stifled innovation, while in mountainous, river-divided Western Eurasia, multiple monarchies and city-states engaged in creative competition and communication».

Niall Ferguson (2011). *Civilization: The West and the Rest* (pág. 12). Nueva York: Penguin Books.

Del mismo modo que Diamond había empezado su investigación procurando responder a la pregunta planteada por Yali, Ferguson inicia su texto con Rasselas, príncipe de Abisinia, citado en *History of Rasselas: Prince of Abissinia*, un libro del escritor británico Samuel Johnson (1759). En el texto, Rasselas se pregunta por qué los europeos tenían tantas posesiones y tecnología en contraste con otras regiones del mundo:

«By what means [...] are the Europeans thus powerful? Or why, since they can so easily visit Asia and Africa for trade or conquest, cannot the Asiatics and Africans invade their coasts, plant colonies in their ports, and give laws to their natural princes?».

Niall Ferguson (2011). *Civilization: The West and the Rest* (pág. 10). Nueva York: Penguin Books.

Para responder a esta cuestión y sostener su argumento, Ferguson afirma que Europa disponía de lo que denomina las «six killer apps of prosperity», usando una terminología coloquial para atraer al gran público. Estas apps serían seis factores que, según el historiador, diferencian el curso histórico de Occidente respecto al resto, y consisten en el desarrollo de ciertas instituciones que permitían el progreso económico, tecnológico y cultural:

- **La competencia.** Se refiere a la descentralización de la vida política y económica, que haría florecer los Estados-nación y el capitalismo; es decir, entre las múltiples entidades políticas y mercantiles que competían por el poder, las unas, y por la riqueza, las otras. Así pues, en Occidente, según el autor, se alentaba la ambición y la lucha competitiva. Como ejemplo de caso opuesto, Ferguson menciona China, donde no se pudo desarrollar una sociedad competitiva debido a la unidad monolítica del país.
- **La revolución científica.** Dio a los europeos el control de la naturaleza, lo que los llevó a poder desarrollar ejércitos con armas innovadoras que les dieron ventajas a la hora de expandirse.

Ejemplo

Ferguson hace particular énfasis en el desarrollo de la balística moderna, que, al combinar mejoras en la siderurgia y la producción de armas con los principios teóricos de la física newtoniana, facilitó el desarrollo de artillería más mortífera que resultaría una ventaja clara durante los siglos. En cambio, en el Imperio otomano, por ejemplo, no se dio esta revolución, de modo que los ejércitos quedaron anticuados rápidamente y no fueron tan eficaces como los de Occidente.

Referencia bibliográfica

Ferguson, Niall (2011). *Civilization: The West and the Rest* (pág. 13). Nueva York: Penguin Books.

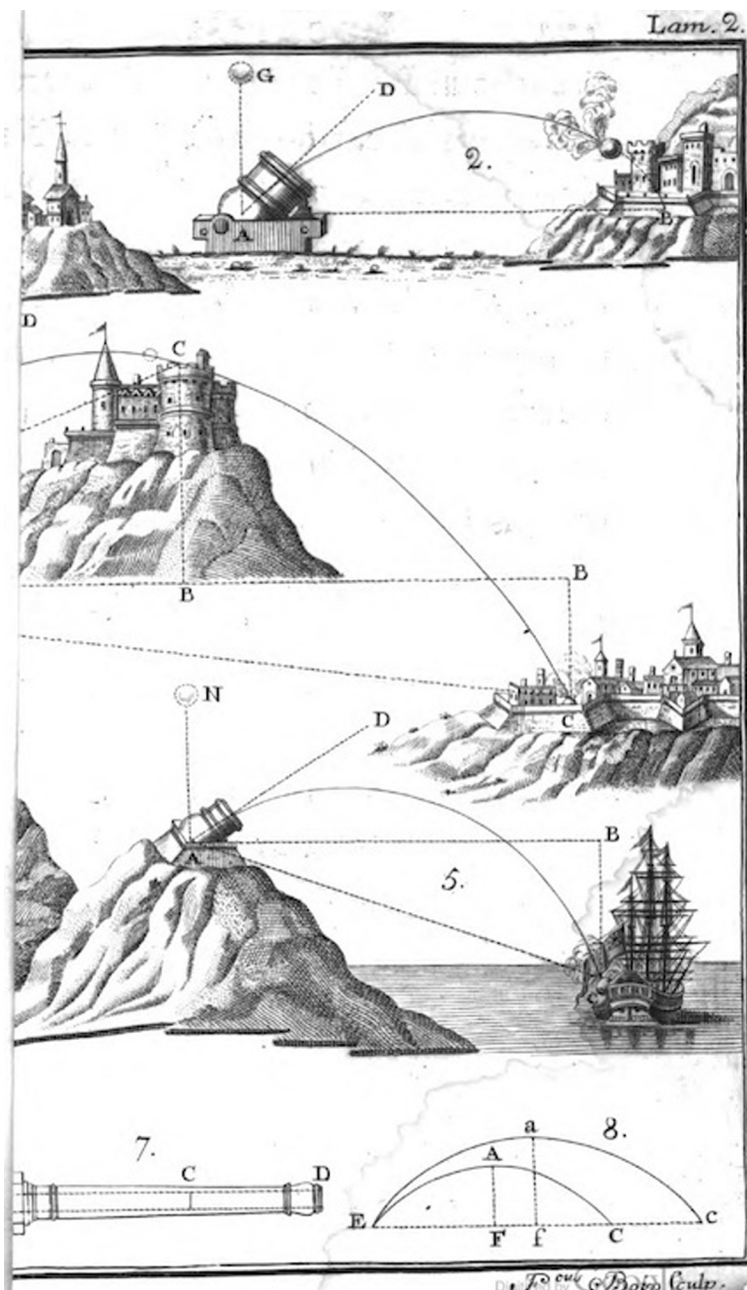


Ilustración de un libro europeo sobre principios de artillería (siglo XVIII). Fuente: Wikipedia.

- **Derechos de propiedad.** Disponer de leyes de la propiedad que defiendan a los propietarios privados y resuelvan disputas entre ellos de manera pacífica. El historiador se fija en cómo de diferente, en este aspecto, es la sociedad en América del Norte y del Sur. Mientras que en América del Norte la gran mayoría de la población era propietaria de tierra, aunque fuera pequeña, en América del Sur, unos pocos terratenientes herederos de los conquistadores españoles tenían la propiedad de la mayoría de la tierra, lo cual imposibilitaba el enriquecimiento general.
- **La medicina moderna.** Científicos occidentales crearon medicinas que mejoraron la salud y alargaron la vida de miles de personas, también en las colonias. Ferguson opone estos adelantos a las prácticas religiosas o de brujería propias de otras regiones, como por ejemplo el norte de África.

- **La sociedad de consumo.** La sociedad de consumo permitió a la población tener la capacidad económica para consumir, lo cual generó más producción y al mismo tiempo condujo a un crecimiento económico acelerado. La alternativa, dice Ferguson, era hacer de la pobreza el modelo de vida permanente.
- **La ética de trabajo.** En su libro *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, el sociólogo Max Weber defendía que la ética del trabajo protestante era la que permitía un desarrollo económico y una acumulación de la riqueza mayores. Ferguson va un paso más allá y argumenta que cualquier cultura puede tener una ética del trabajo similar si es potenciada por las instituciones. Es relevante remarcar que, para el autor, *ética del trabajo* significa no tanto la manera como se trabaja, sino la cantidad de horas que se trabajan. Así pues, Ferguson postula que cuantas más horas o más intensamente se trabaje, más ética.

El historiador concluye que cualquier sociedad puede seguir estas apps y que, cuando apliquen la fórmula, llegarán al nivel europeo.

Una primera crítica que se le podría hacer a Ferguson es que divide el mundo en dos bloques muy claros y casi antagónicos: Europa u Occidente, por un lado, y el resto, por otro, poniendo en un único cajón la inmensa diversidad cultural y política extraeuropea. En segundo lugar, afirmar que cualquier país del mundo puede llegar al nivel de desarrollo europeo si sigue los seis puntos clave expuestos es problemático, bastante simplista e implica una interpretación teleológica del curso de la historia, donde Occidente se sitúa al frente marcando el camino para el resto. Además, en su análisis, el autor pasa muy por encima de la conquista y explotación de otros territorios y el establecimiento de la esclavitud, que facilitaron la expansión del poder político y económico de Occidente. Como ya hemos comentado varias veces, al analizar la Gran Divergencia hay que huir de generalizaciones y miradas eurocentristas.

3.3. El punto de vista sintético: Kenneth Pomeranz

Los dos puntos de vista anteriores pueden ser criticados por su determinismo, geográfico en el caso de Diamond y de disposición y cultura en el caso de Ferguson. Kenneth Pomeranz, por su parte, afronta el análisis de la Gran Divergencia desde un punto de vista más sintético. Pomeranz afirma que antes de 1800 el mundo era «policéntrico sin un centro dominante», es decir, no estaba claro que Europa tuviera que protagonizar una aceleración en la producción industrial y la invención tecnológica. Dicho de otro modo, no se podía predecir que el continente europeo se convirtiera en el territorio más poderoso del planeta. El mundo no tendría un centro claramente europeo hasta bien entrada la industrialización a mediados del siglo XIX. El autor argumenta que un

Referencia bibliográfica

Kenneth Pomeranz (2000). *The Great Divergence: China, Europe, and the Making of the Modern World Economy* (págs. 4-5). Princeton: Princeton University Press.

factor primordial para el desarrollo europeo fue la coerción que se ejerció en las colonias y el acopio de materias primas, sin las cuales el enriquecimiento acelerado del continente no hubiera sucedido.

Pomeranz centra su análisis en un factor primordial que fue sustancial para que el continente europeo se diferenciara en su desarrollo económico de otras partes del mundo: la Revolución Industrial, que trataremos más adelante. El punto más relevante en la argumentación del historiador es que la industrialización no fue un fenómeno europeo, como se suele afirmar, sino regional, surgido de Inglaterra y expandido progresivamente a diferentes territorios del continente a ritmos muy variados. Para Pomeranz, es importante matizar las unidades de análisis. En ocasiones se estudia la industrialización usando una aproximación comparativa basada en continentes enteros o en los Estados-nación actuales (por ejemplo, Europa con Asia, o Gran Bretaña con la India), pero Pomeranz cree que, dada la diversidad interna y externa de estos territorios, no se trata de categorías funcionales. Es más interesante centrarse en regiones comparables que en grandes unidades, puesto que esta última aproximación suele estar connotada por perspectivas eurocéntricas.

A diferencia de Diamond, que ubicaba el inicio de la Gran Divergencia en el Neolítico, y de Ferguson, que apuntaba que se iniciaba en el siglo XVI, Pomeranz lo sitúa alrededor de 1800. De hecho, Pomeranz argumenta que solo cincuenta años antes, el nivel de desarrollo protoindustrial, agrícola y comercial, así como la esperanza de vida y otros indicadores demográficos y el nivel general de vida de algunas regiones de fuera de Europa serían comparables con los de ciertos territorios europeos. Esto rompería con la idea de que Europa ya era mucho más rica que las otras sociedades mucho antes del inicio de la industrialización, y también enfatiza la existencia de interacciones a nivel global y no de un solo territorio con el resto.

Nota

Pomeranz desestima las predisposiciones geográficas de Europa como el clima o la calidad de la tierra, diciendo que no suponían ventajas sustanciales respecto a otros territorios, y en cuanto al punto de vista institucional, el autor hace énfasis en la sofisticación de las instituciones chinas y japonesas.

Teniendo en cuenta las similitudes entre estos territorios a las puertas de la industrialización, Pomeranz se pregunta: ¿por qué Inglaterra no fue el delta del Yangzi, en China, y a la inversa? Es decir, ¿por qué la industrialización se produjo en Inglaterra? Mientras que Europa se especializó en la acumulación de capitales, la industria asiática se especializó en la acumulación de mano de obra. Algunos autores, como Ferguson, atribuyen la responsabilidad a las instituciones y afirman que el desarrollo económico no se potenciaba en regímenes herméticos y opresivos como los asiáticos. Por el contrario, Pomeranz defiende la idea de que la economía europea no tenía ninguna ventaja respecto a las economías de otras partes del mundo, donde también se estaban dan-

Referencia bibliográfica

Kenneth Pomeranz (2000). *The Great Divergence: China, Europe, and the Making of the Modern World Economy* (pág. 16). Princeton: Princeton University Press.

do procesos de protoindustrialización y comercialización. De hecho, según el autor, China estaba desarrollando algo más cercano a lo que se denominaría economía de mercado que Europa.

La diferencia entre Europa (o partes de Europa) y China y el resto del mundo radica en la disponibilidad de carbón y la riqueza que las colonias americanas proporcionó al continente. Las colonias solucionaron el problema europeo de disponibilidad de tierra y de acceso a energía. En Inglaterra, la disponibilidad de carbón que más adelante se usaría como combustible para las máquinas de vapor era elevada, puesto que había minas esparcidas por todo el territorio cerca de los centros comerciales y protoindustriales. En China, en cambio, a pesar de que también había minas de carbón, la distancia entre estas y las zonas económicamente más desarrolladas del país era enorme, de modo que su distribución y uso eran difíciles. Las regiones productoras de carbón se convirtieron en una zona estancada económicamente, lejos de los mercados más importantes y demasiado remotas como para incentivar la colaboración con gente especializada en otro tipo de industrias. En contraste, en Inglaterra los depósitos de carbón más grandes estaban cerca de vías fluviales y marítimas de transporte, en una de las zonas comerciales más dinámicas de Europa, cerca de artesanos que podían innovar en la producción y en una sociedad con fuertes limitaciones en cuanto al acceso a la leña a partir de 1600 y donde, por lo tanto, se buscaban fuentes alternativas de combustible.

Referencia bibliográfica

Kenneth Pomeranz (2000). *The Great Divergence: China, Europe, and the Making of the Modern World Economy* (pág. 66). Princeton: Princeton University Press.



Mapa de los depósitos de carbón en el Reino Unido durante el siglo XIX. Fuente: Wikipedia.

Pomeranz apunta que había factores ecológicos que impedían el crecimiento en las zonas más pobladas y sofisticadas de Eurasia. A pesar de que estas limitaciones no generaban crisis alimentarias graves, limitaban el acceso al combustible y a los materiales para la construcción, y ponían en peligro la fertilidad de algunas tierras. Para afrontar estas limitaciones ecológicas, tanto en China como en Europa, se desarrolló un comercio a larga distancia con zonas con menos población. Sin embargo, antes del desarrollo de medios de transporte como el ferrocarril, el transporte de bienes y servicios entre estas zonas «periféricas» y los centros «industriales» era muy caro.

Europa superó esta limitación con el acceso marítimo a América, que, además, gracias al sistema colonial, permitió a los ingleses vender cada vez más productos manufacturados a cambio de productos como el azúcar y el algodón, que requerían grandes extensiones de tierra.

El sistema económico basado en la esclavitud para explotar estas tierras devino una ventaja para los europeos puesto que, en Asia, los productores de cultivos de explotación vivían en las zonas productoras autosuficientes. En cambio,

las grandes plantaciones y los esclavos que trabajaban allí no solo eran productores, sino un mercado en potencia para los productos manufacturados en Europa.

En Asia, las periferias tendían hacia la diversificación económica, mientras que la esclavitud facilitó la especialización en agricultura de monocultivo en el Caribe.

En China, las regiones menos desarrolladas experimentaron un relativo aumento de la prosperidad que permitió que dependieran menos de regiones como el delta del Yangzi. En contraste con esto, el noroeste europeo se especializó en manufacturas a una escala sin precedentes, y, lejos de que el crecimiento poblacional supusiera un problema como en China, la presencia de más gente con acceso a más bienes y servicios facilitó la emergencia de una sociedad de mercado que aceleró exponencialmente el crecimiento económico.

Referencia bibliográfica

Kenneth Pomeranz (2000). *The Great Divergence: China, Europe, and the Making of the Modern World Economy* (págs. 22-23). Princeton: Princeton University Press.

4. La Revolución Industrial y la globalización en el siglo XIX

Las consecuencias del inicio del proceso de la Revolución Industrial son más que conocidas. Los cambios sociales que causó afectaron a todos los niveles de vida; por ejemplo, el crecimiento demográfico que se produjo a partir de 1800 no tenía precedentes históricos y estableció las bases de las sociedades contemporáneas, la transición de un mundo «tradicional» a uno «moderno».

Este cambio supuso que la energía natural fuera sustituida por fuentes de energía alternativas y que aumentara la población urbana en detrimento de la rural, con los cambios de identidad consiguientes.

Cambios de la Revolución Industrial

Antes de la Revolución Industrial, la vida de los habitantes de los núcleos rurales era inestable, pero tenía lugar en comunidades estables, mientras que a partir del establecimiento de fábricas, y con los nuevos descubrimientos tecnológicos, se alargó la esperanza de vida, pero en comunidades más inestables. En las comunidades rurales, la vida estaba asociada a rituales y ceremonias tradicionales, mientras que en los Estados-nación modernos se agrandaba la mirada y la conexión con comunidades más grandes y laicas.

La industrialización significó para muchos la puesta en práctica de la idea de **progreso**, que a la larga querría decir la diferenciación y la defensa de la idea de superioridad respecto a otras regiones del planeta, la cual justificaría el imperialismo ochocentista.

Recordemos que, a pesar de que a menudo se afirma que Europa fue el centro del surgimiento de la industrialización, hay que especificar que no tuvo lugar en todo el continente como una unidad cohesionada, sino que se centró en algunas zonas de Inglaterra. De hecho, sobre todo en sus inicios, la industrialización fue un fenómeno puramente local, no nacional. Osterhammel apunta que a lo largo del siglo XIX no se puede afirmar que hubiera sociedades completamente industrializadas y que, hasta la llegada de la Primera Guerra Mundial, excepto Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania, pocos países se podrían calificar de industrializados.

Sobre este particular, Pomeranz (2000, pág. 16) nos recuerda que: «European industrialization was quite limited outside of Britain until at least 1860. Thus, positing a “European” miracle based on features common to Western Europe is risky».

Referencia bibliográfica

Jürgen Osterhammel (2014). *The Transformation of the World: A Global History of the Nineteenth Century* (pág. 637). Princeton / Oxford: Princeton University Press.

Hay que cuestionar la excepcionalidad europea que a menudo acompaña los estudios sobre la industrialización.

Explicar por qué la Revolución Industrial empezó en ciertas partes de Europa y no en otras genera debate entre académicos desde hace décadas y los hay que se aproximan a la cuestión desde perspectivas muy diferentes. Un factor clave en este proceso que no se tendría que dejar de lado es el hecho de que algunos países europeos se enriquecieron enormemente debido a dos factores que les permitieron desarrollar economías globales a bajo coste: las materias primas procedentes de las colonias y la esclavitud.

Hay autores que destacan que otras regiones del mundo simplemente no tenían la necesidad de desarrollar economías de industrialización.

En Latinoamérica, después de los procesos de independencia, los países quedaron afectados económica y políticamente, y aislados de las potencias mundiales. Además, las nuevas élites gobernantes explotaban a los labradores en gran medida, de manera que, en este sentido, las circunstancias sociales no diferían demasiado de las que había bajo régimen colonial. La mayoría de los países establecieron monocultivos y, con todos los riesgos que esto suponía, confiaron gran parte de la economía a un solo producto que vendían a países industrializados como Gran Bretaña, de modo que se integraron en el mundo globalizado.

Comparada con Europa o Asia, esta parte del mundo tenía relativamente poca población y estaba poco urbanizada, por lo que la posibilidad de que se desarrollara una sociedad de consumo bastante grande para incentivar la creación de una industria propia no se dio hasta el final del siglo XIX. Las economías latinoamericanas, con algunas excepciones, eran fundamentalmente rurales: este momento de la historia latinoamericana es conocido como el periodo de la economía de exportación de productos primarios. La industrialización empezaría décadas más tarde, cuando los países del continente abandonaron las dinámicas arriesgadas del monocultivo y quisieron fomentar el crecimiento económico. No obstante, la plena industrialización de Latinoamérica, a grandes rasgos, no llegaría hasta el periodo de entreguerras del siglo XX.

En el panorama que hemos dibujado, Argentina constituye un caso diferenciado, puesto que a pesar de tener poca industria y basar su economía en la carne y el cereal, hacia el año 1900 tenía una de las rentas per cápita más altas del mundo. Por otro lado, México quizá sería el único país que tuvo intención de industrializarse, ya en la década de 1820, justo después de la independencia de la Corona española, especializándose en el sector textil, pero el hecho de no probar otros tipos de industrias y la poca implicación del Gobierno mantuvieron la base rural de la economía del país hasta bien entrado el siglo XX.

Referencia bibliográfica

Katsuo Yamazaki (2013). *Hybrid Factories in Latin America: Japanese Management Transferred*. Basingstoke, Hampshire: Palgrave Macmillan.

Referencia bibliográfica

C. A. Bayly (2004). *The Birth of the Modern World, 1780-1914* (págs. 177-178). Malden / Melbourne / Oxford: Blackwell Publishing.

Pese a que autores como Kenneth Pomeranz argumentan que el Imperio chino, sobre todo en la cuenca del Yangzi, había llegado a unos niveles de desarrollo económico, cultural y social comparables a los ingleses, el imaginario colectivo veía a la China del XIX como un país atrasado, cerrado y autocrático, sometido a la filosofía de Confucio, que, supuestamente, impedía la modernidad. A pesar de esta visión peyorativa, hay que decir que en este país, desde mediados del siglo XVIII, se había desarrollado un sistema de intercambio comercial específico y diferente al europeo, llamado sistema de Canton: todos los intercambios comerciales de mercaderes chinos con extranjeros quedaban concentrados en este puerto para limitar la influencia y la expansión foráneas en el país. El sistema de Canton quedó parado a mediados del siglo XIX con la llegada de las potencias mundiales y su propósito de abrir comercialmente las fronteras chinas al mundo.

En parte como resultado de esta imposición, a lo largo del siglo XIX China pasó por un proceso de decadencia y pérdida de autonomía y estabilidad que supusieron una serie de conflictos, los más importantes de los cuales fueron las guerras del opio, que, como ya hemos comentado, afectaron gravemente a la economía del país. También tuvo lugar la rebelión de los Taiping, que acabó con la vida de millones de personas. El siglo acabaría con la guerra sino-japonesa, que hundiría el ejército chino.

China pasó de ser una potencia mundial a mediados del siglo XVIII a convertirse en un imperio en crisis sometido a las potencias europeas y a Japón.

En este sentido, la Gran Divergencia se explica teniendo en cuenta los procesos que se sucedieron en China a lo largo del siglo XIX, que deteriorarían su poder y potencial. Según Bayly, las autoridades chinas rechazaron la implementación de la industrialización no porque estuvieran en contra de las consecuencias tecnológicas, sino porque temían que fuera acompañada de una pérdida de control y de dominio sobre el territorio en favor de los europeos y de su gestión. Además, China no era suficientemente independiente económicamente para hacer una revolución industrial sin ayuda de inversiones extranjeras.

Es interesante comparar esta interpretación con la de Osterhammel, que argumenta que en este debate hay que rehuir de reflexiones contrafactuales que intentan explicar por qué el «milagro» no ocurrió en China.

Japón es un caso muy diferente de China. Fue el primero de los países asiáticos en industrializarse y buscar un modelo económico y político similar al europeo. De hecho, en 1895 la producción industrial japonesa ya representaba el 1 % de la producción total mundial.

Referencia bibliográfica

C. A. Bayly (2004). *The Birth of the Modern World, 1780-1914* (pág. 179). Malden / Melbourne / Oxford: Blackwell Publishing.

Referencia bibliográfica

Jürgen Osterhammel (2014). *The Transformation of the World: A Global History of the Nineteenth Century* (págs. 639-640). Princeton / Oxford: Princeton University Press.

Después del llamado *sakoku*, un periodo de cierre nacional, en 1868 se estableció un nuevo periodo, el Meiji, durante el cual se llevarían a cabo políticas de modernización del país, como la construcción de fábricas, la mejora de la capacidad naval, la apertura comercial a países extranjeros o el establecimiento de una constitución a la europea. El objetivo de los nuevos gobernantes era convertir Japón en una potencia que pudiera competir con países más poderosos y que protegiera de este modo la autonomía y la integridad japonesas.

Desde mediados del siglo XIX, la sociedad japonesa era comercial y urbana, puesto que la consolidación de un país considerado moderno formaba parte del proyecto de construcción nacional del país con la consolidación de un mercado común. Cabe señalar que hubo factores azarosos que ayudaron a la industria japonesa a ser exitosa; por ejemplo, el hecho de que a lo largo del siglo XIX la demanda de sedas no decreciera.

La India es un caso que merece atención. Como hemos dicho, tradicionalmente, el subcontinente indio había sido el principal productor de textiles en el mundo. Siguiendo los pasos de los exploradores, misioneros y comerciantes portugueses del siglo XVI, las compañías comerciales neerlandesas, francesas y británicas buscaron consolidar su presencia en la India para beneficiarse de la venta de estos productos textiles de mucha calidad en Europa. Buscando obtener acceso a mejores productos y obtener cada vez más beneficios, durante el siglo XVIII la Compañía de las Indias británica se convirtió en una entidad comercial con mucho poder que invertía recursos en la militarización para proteger sus intereses. Su competencia con los franceses presentes en el subcontinente y el debilitamiento de la autoridad central nativa permitieron que esta compañía privada se convirtiera poco a poco en la entidad política más importante de la India, hasta llegar a dominarla por completo de manera directa o mediante soberanos locales dependientes.

Dada su enorme población, el subcontinente se convirtió en la colonia más importante de Gran Bretaña. Paradójicamente, esta tierra que había sido el gran centro de producción textil del mundo, devino, con la Revolución Industrial, uno de los principales mercados de prendas de ropa de algodón producidas en lugares como Manchester, Bristol o Liverpool. Los británicos desarrollaron la industria de la India para satisfacer los intereses de la metrópoli. Así pues, se construyó un amplio sistema de ferrocarril para facilitar el transporte de las manufacturas inglesas en el interior del país y el de las materias primas, principalmente algodón, y bienes de consumo como el té, hacia los puertos para ser transportadas a Gran Bretaña.

Referencia bibliográfica

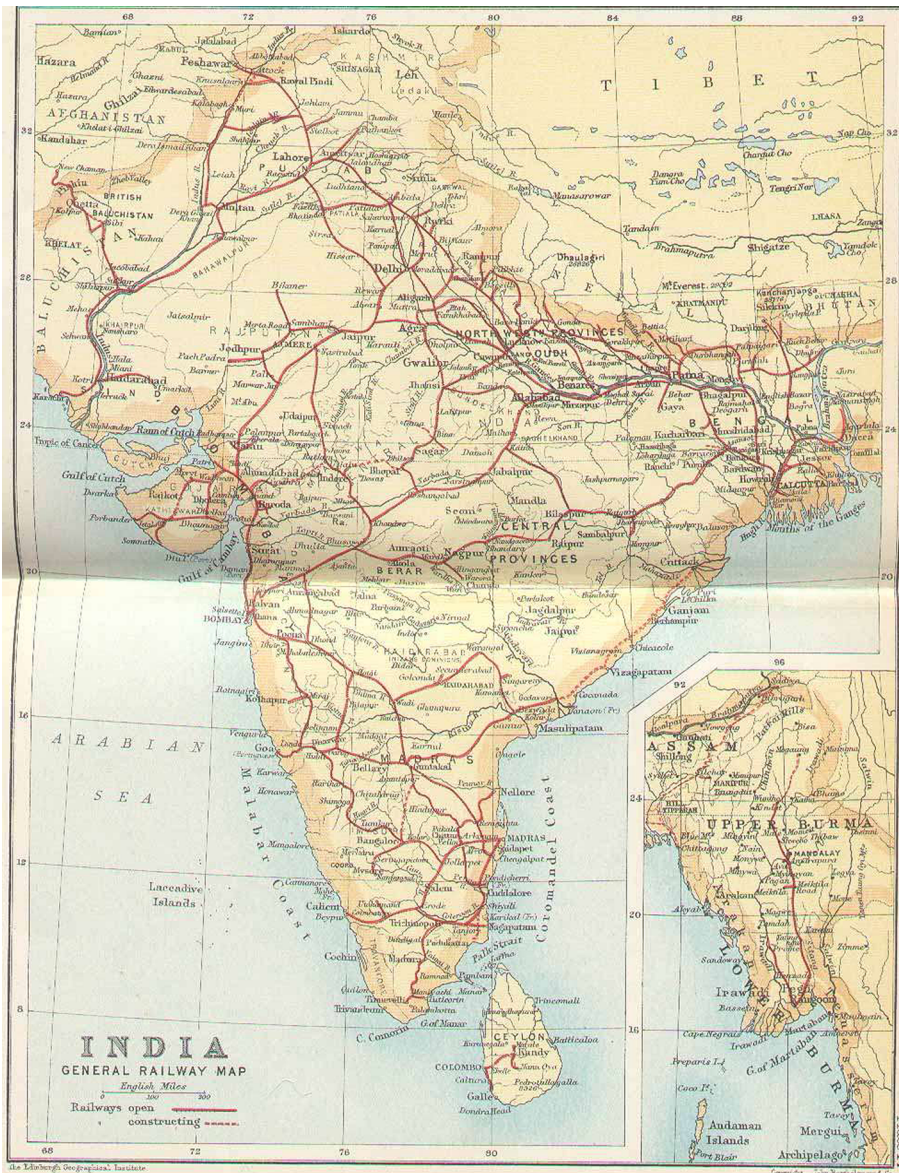
C. A. Bayly (2004). *The Birth of the Modern World, 1780-1914* (pág. 179). Malden / Melbourne / Oxford: Blackwell Publishing.

Referencia bibliográfica

Marius B. Jansen (2002). *The Making of Modern Japan*. Cambridge: Harvard University Press.

Referencia bibliográfica

C. A. Bayly (2004). *The Birth of the Modern World, 1780-1914* (pág. 181). Malden / Melbourne / Oxford: Blackwell Publishing.



Mapa de la infraestructura ferroviaria en la India en 1893. Fuente: Wikipedia.

En resumen, el surgimiento de la industrialización en Inglaterra y la expansión a otras zonas de Europa se explica, como dice Pomeranz, por ciertos hechos accidentales y por una combinación de «inventiveness, markets, coercion, and fortunate global conjunctures», los cuales produjeron «a breakthrough in the Atlantic world, while the much earlier spread of what were quite likely better-functioning markets in East Asia had instead led to an ecological impasse».

Referencia bibliográfica

Kenneth Pomeranz (2000). *The Great Divergence: China, Europe, and the Making of the Modern World Economy*. Princeton: Princeton University Press.

5. Cambios ochocentistas globalizadores

A lo largo del siglo XIX tuvieron lugar numerosos cambios que afectaron a las vidas de miles de personas en todo el mundo y que supusieron el establecimiento de un mundo más conectado, más globalizado. Para empezar, como ya hemos comentado, tuvo lugar un crecimiento poblacional sin precedentes, que tendría consecuencias en las economías y sociedades locales y configuraría lo que ahora conocemos como el mundo moderno.

En Estados Unidos, por ejemplo, el aumento de la población y de la capacidad adquisitiva de productos que venían de lejos fue paralelo al aumento de la alfabetización y de la disponibilidad de diarios por todas partes, que educaban a las masas. Las ciudades eran remodeladas y agrandadas y la cultura se extendía más allá de las élites. Esto daría paso al crecimiento de una nueva clase media que pondría en cuestión la estructura y las jerarquías sociales previas.

Fuera del mundo occidental, se producían procesos similares en las ciudades portuarias de Calcuta, Bombay o Batavia. Emergieron nuevas, a pesar de que todavía pequeñas en número, clases medias que promovían la construcción de bibliotecas y de clubes intelectuales. Así pues, empezó a emerger una sociedad civil internacional.

El crecimiento en cifras

A lo largo del siglo XIX África pasó de tener 90 millones de habitantes a tener 141; el continente americano, pasó de 25 millones a 144; Asia, de 597 a 857; Europa, de 192 a 423, y Oceanía, de 2 a 6.

En total, el mundo pasó de tener 906 millones de habitantes a 1.571 en este periodo.

C. A. Bayly (2004). *The Birth of the Modern World, 1780-1914* (pág. 180). Malden / Melbourne / Oxford: Blackwell Publishing.

Los productos comerciales estaban cada vez más al alcance y con más rapidez debido a los cambios tecnológicos desarrollados a lo largo del siglo. El ferrocarril proporcionaba acceso a zonas antes remotas, del mismo modo que las rutas fluviales y marítimas mejoraban con la llegada del barco de vapor.

Pero no solo se transportaban mercancías a nivel global. A lo largo del siglo, los movimientos poblacionales aumentaron. La esclavitud africana persistía y se expandía, de modo que cambiaba el panorama demográfico de las colonias. La abolición de la esclavitud (y su comercio) en ciertas zonas como Gran Bretaña (1807) dio paso a la transferencia del negocio a otros países y al establecimiento de redes ilegales de venta de esclavos. Otros colectivos daban forma a las sociedades cada vez más heterogéneas. Por ejemplo, los peregrinajes a la Meca se hicieron populares y atraían a musulmanes que provenían de Malasia,

Referencia bibliográfica

C. A. Bayly (2004). *The Birth of the Modern World, 1780-1914* (págs. 115-118). Malden / Melbourne / Oxford: Blackwell Publishing.

Referencia bibliográfica

C. A. Bayly (2004). *The Birth of the Modern World, 1780-1914* (pág. 132). Malden / Melbourne / Oxford: Blackwell Publishing.

Ejemplo

La producción de tabaco, algodón y arroz se expandió por el río Misisipi gracias al uso de los nuevos barcos de vapor.

de China o de Egipto. Estos viajes popularizaron el turismo, que se convirtió en toda una industria. Con las personas, también viajaban nuevas ideas que influenciarían a las poblaciones donde llegaban, como por ejemplo ideas de la Revolución francesa.

Pero el movimiento más relevante sería el migratorio, especialmente durante la segunda mitad del siglo. Gran parte de los nuevos migrantes provenían de países como Gran Bretaña, Irlanda y el noroeste de Europa, y estaban motivados por las numerosas historias de éxito en el continente americano, Australia y Sudáfrica.

No solo la revolución del transporte influyó en el aumento de los movimientos migratorios, también hay que tener presente la expansión del capitalismo y la industrialización, que provocaron un aumento considerable de la demanda de mano de obra por todas partes. Pensemos, por ejemplo, en la *gold rush*, que atrajo a mineros a California y Australia.

Los procesos migratorios, no solo los internacionales sino también los internos campo-ciudad, se aceleraron a lo largo del siglo y representaron un enriquecimiento y un aumento de la diversidad cultural sin precedentes. Toda esta movilidad tuvo nuevas conciencias en otras poblaciones, que, a veces, eran mal recibidas por los habitantes locales, los cuales, como respuesta a la llegada de individuos que consideraban diferentes o no aptos para formar parte de su entidad política, fortalecían su identidad racial y nacional. Así pues, desde finales del siglo XVIII aparecieron nuevos términos para definir la alteridad, como por ejemplo *criollo*, *colono* o *mestizo*.

En este sentido, la aceleración y el aumento de los movimientos migratorios también tuvieron consecuencias políticas. La desconfianza que algunos grupos foráneos generaban en las sociedades donde iban a trabajar facilitó que se aprobaran leyes restrictivas a la inmigración, como sucedió en Estados Unidos con la firma de la *Chinese Exclusion Act* de 1882, que prohibía la inmigración china. Los chinos habían llegado a Estados Unidos como trabajadores durante la fiebre de oro de mediados de siglo y, poco más tarde, atraídos por la construcción de ferrocarriles como el monumental Transcontinental Railroad.

Referencia bibliográfica

C. A. Bayly (2004). *The Birth of the Modern World, 1780-1914* (pág. 133). Malden / Melbourne / Oxford: Blackwell Publishing.

Referencia bibliográfica

Jürgen Osterhammel (2014). *The Transformation of the World: A Global History of the Nineteenth Century* (págs. 164-165). Princeton / Oxford: Princeton University Press.

Referencia bibliográfica

Patrick Manning (2013). *Migration in World History* (págs. 136-137 y 142). Londres / Nueva York: Routledge.



Caricatura política *Uncle Sam kicks out the Chinaman*, en referencia a la Chinese Exclusion Act. Fijémonos en la representación racista de los chinos y el imaginario de China como el país del sol naciente. Finales del siglo XIX. Fuente: Wikipedia.

Las ciudades también sufrieron cambios remarcables. Inspirados por la industrialización y la modernidad, arquitectos americanos construyeron los rascacielos, que representaban nuevas máquinas en el centro de la ciudad industrial. Los procesos de urbanización no solo comportaron un crecimiento de la población urbana, sino que también hicieron que los valores o las ideas propias de la ciudad sustituyeran a los del campo, es decir, hubo un cambio cultural con implicaciones más allá de las cifras.

Nota

No todo el mundo veía con buenos ojos este predominio de los valores urbanos, y muchos artistas reflejaron de manera negativa estos cambios. Por ejemplo, el artista británico William Blake retrataba en sus pinturas una visión negativa de la industrialización. Se refería a las fábricas como «satánicas» (*Satanic mills*), destacaba el aumento de la pobreza en la ciudad de Londres y criticaba el trabajo infantil como una consecuencia nefasta del supuesto progreso humano. Otros autores, moralistas, denunciaban los vicios que acompañaban a la ciudad industrial, incluyendo la prostitución, el alcoholismo, la enfermedad, la falta de religiosidad y la pobreza.

C. A. Bayly (2004). *The Birth of the Modern World, 1780-1914* (pág. 171). Malden / Melbourne / Oxford: Blackwell Publishing.

Evidentemente, según el historiador C. A. Bayly, en la década de 1880 pocas ciudades se podían definir como industriales más allá de Norteamérica y el oeste de Europa, a pesar de que había un creciente interés en lugares como Alejandría, Shanghai o Buenos Aires en establecer economías de industrialización. Además, el ritmo de urbanización varió dependiendo de la región. Por ejemplo, en zonas donde las ciudades eran pequeñas o inexistentes antes de la colonización, como en Norteamérica o en el Pacífico, el crecimiento urbano fue más rápido. En cambio, en regiones clásicamente agrícolas y pobladas, como China u Oriente Medio, el crecimiento urbano fue menor. Sería entre 1870 y 1900 cuando el índice de urbanización a nivel global aceleraría y pasaría de un 12 a un 20 %, con un crecimiento importante en el África subsahariana y Australia gracias a la industria minera que se desarrollaría en esos territorios.

Simultáneamente al proceso de urbanización, expansión de la industrialización y cambios en la tecnología, hay que recordar que gran parte de las sociedades del momento seguían siendo mayoritariamente agrícolas y que los avances tecnológicos también afectaron al campo, lo que redundó en un aumento del número de hectáreas dedicadas al cultivo y en el establecimiento de un capitalismo agrario en el que se aumentaban la producción y las conexiones globales basadas en el intercambio de productos alimentarios. Esto hizo que aumentara la disponibilidad de comida y, por lo tanto, que mejoraran las condiciones de vida de miles de personas en todo el mundo. Zonas del mundo poco conocidas hasta el momento adquirieron protagonismo gracias al cultivo de arroz, como la Conchinchina, de café, como las zonas tropicales americanas, o de aceite de palma y de cacao, como el oeste de África. Estos productos servían para alimentar al creciente número de trabajadores que ocupaba el mundo industrial.

De todos modos, como apunta Jürgen Osterhammel, pasarían décadas hasta que los países más dinámicos se beneficiaran de la mecanización. Por ejemplo, en 1950, en Europa, el 85 % de la tracción relacionada con trabajos agrícolas era realizada por caballos.

Por este motivo, hay autores que, en vez de hablar de la Revolución Industrial, prefieren hablar de evolución industrial.

En cualquier caso, se puede afirmar que lo que fue verdaderamente revolucionario de la industrialización es que dio inicio a un largo periodo de crecimiento económico. A pesar de que factores como el clima o los aumentos de población no dejarían de frenar momentos de crisis, es relevante remarcar que los cambios producidos a lo largo del siglo XIX hicieron que grupos humanos

Referencia bibliográfica

C. A. Bayly (2004). *The Birth of the Modern World, 1780-1914* (págs. 172, 184 y 188). Malden / Melbourne / Oxford: Blackwell Publishing.

Referencia bibliográfica

Jürgen Osterhammel (2014). *The Transformation of the World: A Global History of the Nineteenth Century* (pág. 172). Princeton / Oxford: Princeton University Press.

Referencia bibliográfica

Jürgen Osterhammel (2014). *The Transformation of the World: A Global History of the Nineteenth Century* (págs. 213-214). Princeton / Oxford: Princeton University Press.

Referencia bibliográfica

Jürgen Osterhammel (2014). *The Transformation of the World: A Global History of the Nineteenth Century* (pág. 171). Princeton / Oxford: Princeton University Press.

podieran buscar soluciones alternativas a estos problemas. Así pues, de manera generalizada, hubo una mejora social que sentó las bases de las sociedades modernas del siglo XX.

Económicamente, el siglo se caracterizó sobre todo por el establecimiento y la consolidación del capitalismo como sistema económico predominante. La obra del economista escocés Adam Smith, *La riqueza de las naciones* (1776), había ayudado a entender o a aclarar intelectualmente la acumulación dispar de capital entre la población y la aceleración del crecimiento económico. Décadas más tarde, el estudio en tres volúmenes de Karl Marx *El capital: Crítica de la economía política* (1867-1894) sería un punto de referencia para el estudio de lo que el autor (o autores, con Friedrich Engels) denominaba el modo de producción capitalista. Este sistema económico no solo suponía el intercambio transnacional de productos diversos que enriquecían a ciertos sectores de la sociedad (este proceso no era algo nuevo del siglo XIX), sino que implicaba una nueva organización de la producción que recibía el apoyo y la promoción de los Estados.

Socialmente, el hecho de que el capitalismo se transformara en la forma económica principal tuvo consecuencias duraderas. El enriquecimiento de ciertos sectores de la población, incomparable cuantitativamente con las riquezas de siglos anteriores, se aceleró e hizo crecer las desigualdades entre la población. Por ejemplo, las fortunas de las grandes familias americanas de finales del siglo XIX, como los Rockefeller o los Astor, no tenían precedente en la historia y provenían de la industria petrolera, del ferrocarril y del acero.

Este crecimiento de propietarios privados tendría un doble efecto social: por un lado, la aspiración a la masificación de las costumbres de las élites y, por otro, totalmente opuesto, el surgimiento de movimientos políticos reivindicadores de una distribución más justa de la riqueza. Marx argumentaba que la industrialización había creado un tipo de hombre diferente, el *proletario*, es decir, las personas que trabajaban en fábricas. Este neologismo tendría un impacto capital en el mundo político a lo largo de todo el siglo XX.

Particularmente durante las últimas décadas del siglo XIX, la idea de modernización adquirió un papel fundamental. Económicamente, significaba no solo la expansión de la tecnología y la industria, sino también la mejora, o la aspiración a la mejora, de las condiciones de vida de las personas. Paradójicamente, la esperanza de vida aumentó considerablemente de manera paralela al incremento de la pobreza. Este fenómeno, es decir, la expansión de la bonanza más allá de las clases poderosas, no tenía precedentes en la historia de la humanidad.

Referencia bibliográfica

Jürgen Osterhammel (2014). *The Transformation of the World: A Global History of the Nineteenth Century* (pág. 646). Princeton / Oxford: Princeton University Press.

Referencia bibliográfica

Jürgen Osterhammel (2014). *The Transformation of the World: A Global History of the Nineteenth Century* (pág. 220). Princeton / Oxford: Princeton University Press.

Referencia bibliográfica

C. A. Bayly (2004). *The Birth of the Modern World, 1780-1914* (págs. 170-171). Malden / Melbourne / Oxford: Blackwell Publishing.

Relacionado con este proceso, en aquel momento surgieron las corporaciones modernas, que tendrían tanto peso durante el siglo posterior y hasta la actualidad. Esta nueva forma de empresa tendría un peso global de manera inmediata, puesto que buscaba establecer redes internacionales para vender diferentes productos y daría paso a la emergencia de las multinacionales. Las empresas buscarían aliados en los bancos y se transformarían en negocios monumentales, especialmente en Estados Unidos.

La industrialización en Estados Unidos tenía un cariz diferente que la europea. Allí, la propiedad y la gestión de las fábricas residían en manos diferentes, los propietarios solían ser grandes inversores, lo que hacía que los gestores, liberados de la presión de ser propietarios, pudieran concentrarse en producciones innovadoras y en marketing al margen de intereses familiares. Con el tiempo, esto supondría innovaciones también en la organización del trabajo, que desembocarían, por ejemplo, en la invención del trabajo en cadena de Henry Ford.

Como ejemplo paradigmático de la reacción política a estos cambios, particularmente a la creciente desigualdad en la distribución de la riqueza, vale la pena dar un vistazo al movimiento político surgido en la década de 1890 en Estados Unidos raíz del partido People's Party, coloquialmente conocido como el Partido de los populistas. Se trataba de un partido que criticaba duramente a los bancos y a las grandes empresas, que iban en detrimento de los granjeros y las personas de tendencia política de izquierdas. Según el historiador Charles Postel, el partido no era en absoluto tradicionalista, sino que luchaba por la modernización del campo, la alfabetización de la población y los derechos de las mujeres. En 1896 hicieron una coalición con el Partido Demócrata y presentaron en conjunto al candidato William Jennings Bryan, que abogaba por una democracia popular.

Los populistas basaban su programa en la crítica al patrón oro que se había adoptado a través de la *Coinage Act* en 1873, entre otros motivos porque era el que Gran Bretaña, aliado comercial de Estados Unidos, usaba. Los populistas argumentaban que privaba el acceso a la riqueza al hombre común. En contraposición, defendían la política económica «*free silver*», la conversión de plata en moneda según la demanda sin regulación previa, una política a la cual los bancos se oponían. Los defensores de la política reclamaban que los dólares de plata fueran acuñados a un valor fijo de 16 por cada pieza de oro. Por este motivo, los defensores de esta visión económica eran comúnmente llamados *silverites*.

Ejemplo

La Standard Oil de Nueva Jersey abriría mercado en China.

Referencia bibliográfica

Jürgen Osterhammel (2014). *The Transformation of the World: A Global History of the Nineteenth Century* (pág. 649). Princeton / Oxford: Princeton University Press.

Referencia bibliográfica

C. A. Bayly (2004). *The Birth of the Modern World, 1780-1914* (pág. 175). Malden / Melbourne / Oxford: Blackwell Publishing.

Referencia bibliográfica

Charles Postel (2007). *The Populist Vision* (págs. 9, 21). Nueva York: Oxford University Press.

El patrón oro

El patrón oro es la política monetaria que establece el valor de las unidades monetarias en una cantidad específica de oro (que la mayor parte de los países abandonarían en algún momento del siglo xx).

Durante la campaña presidencial de 1896, Bryan defendió estas ideas y las expresó en múltiples ocasiones con su estilo carismático y su método de propaganda original. En la convención del Partido Demócrata en Chicago en julio de aquel año hizo un discurso titulado «The Cross of Gold» (la cruz de oro), que sería emblemático para la causa y fortalecería su popularidad. En el discurso afirmó que los defensores del patrón oro estaban apoyando a las fuerzas financieras del país. Al final de su intervención, el candidato hizo una referencia a la crucifixión de Cristo cuando afirmó: «You shall not crucify mankind upon a cross of gold».



Grant Hamilton: Sátira del discurso «The Cross of Gold», de William Jennings Bryan, quien está pisando una Biblia. Publicado en la revista *Judge* (1896). Fuente: Wikipedia.

Este discurso es uno de los más respetados y estudiados en la historia de Estados Unidos, y tendría influencias en políticos norteamericanos a lo largo del siglo XX, como el controvertido gobernador y senador de Luisiana Huey P. Long. No obstante, Bryan perdió las elecciones presidenciales en favor del candidato republicano William McKinley y, a pesar de que se presentó sin éxito en dos ocasiones más a la presidencia, el partido de los populistas perdió seguidores hasta desaparecer. No obstante, el grupo de los *silverites* tuvo un impacto que iría más allá de las políticas económicas del país.

Hay autores que han argumentado que la famosa novela *El mago de oz* (1900) era en realidad una crítica a las políticas monetarias contemporáneas. Por ejemplo, el ladrillo amarillo del camino representaba el patrón oro, mientras que los zapatos grises de la protagonista, Dorothy (que en la película de 1939 fueron rojos), eran una alegoría de los *silverites*. También se dice que la niña

Referencias bibliográficas

Michael Kazin (2006). *A Godly Hero: The Life of William Jennings Bryan* (pág. 61). Nueva York: Alfred A. Knopf.

Charles Postel (2007). *The Populist Vision* (pág. 269). Nueva York: Oxford University Press.

Referencia bibliográfica

Francois R. Velde (2002). «Following the Yellow Brick Road: How the United States Adopted the Gold Standard». *Economic Perspectives* (vol. 26, núm. 2).

representa a la gente común, dada su inocencia y buena fe, o incluso que el león cobarde era William Jennings Bryan. Hay que decir, no obstante, que estas interpretaciones no están aceptadas por gran parte de estudiosos.

Este ejemplo específico de obra literaria y de las consecuencias políticas de la globalización nos enseña cómo los cambios en la economía global afectaban a las sociedades a escala local.

Resumen

En este módulo hemos repasado la evolución económica del mundo, particularmente durante el siglo XIX, y las consecuencias que tuvo en la configuración de una jerarquía global clara, establecida a partir de la Gran Divergencia. Con el establecimiento de la industrialización y la revolución del transporte, las distancias se fueron haciendo más pequeñas y la posibilidad de mover productos de una parte a la otra del planeta de manera rápida y eficiente aumentó, así como los movimientos poblacionales. Consecuentemente, crecieron los intercambios culturales entre diferentes poblaciones, así como las políticas de rechazo a lo extranjero. De este modo, los cambios en la economía, evidentemente, afectaron a todos los ámbitos de la sociedad y su impacto todavía dura.

La globalización económica también iría de la mano de la expansión territorial europea y norteamericana en todo el mundo y el establecimiento de colonias bajo dominio occidental, que transformarían las fronteras y las culturas locales e iniciarían un proceso de europeización primeramente liderado por Gran Bretaña y, poco después, por Estados Unidos. Por lo tanto, es difícil separar los procesos de la industrialización, el establecimiento del capitalismo y el imperialismo, fundamentados en el siglo XIX y desarrollados plenamente durante el siglo siguiente.

Bibliografía

Bayly, C. A. (2004). *The Birth of the Modern World, 1780-1914*. Malden / Melbourne / Oxford: Blackwell Publishing.

Carrillo, Rubén (2017). *Las gentes del Mar Sangley*. Ciudad de México: Palabra de Clío.

Cooper, Frederick (2005). *Colonialism in Question: Theory, Knowledge, History*. Berkeley: University of California Press.

Diamond, Jared (1997). *Guns, Germs, and Steel: The Fates of Human Societies*. Nueva York / Londres: W. W. Norton & Company.

Ferguson, Niall (2011). *Civilization: The West and the Rest*. Nueva York: Penguin Books.

Giráldez, Arturo (2015). *The Age of Trade: The Manila Galleons and the Dawn of the Global Economy*. Londres: Rowman & Littlefield.

Higman, B. W. (2011). «The Sugar Revolution». En: *A Concise History of the Caribbean* (págs. 98-99). Nueva York: Cambridge University Press.

Hopkins, A. G. (ed.) (2002). *Globalization in World History*. Londres: Pimlico.

Jansen, Marius B. (2002). *The Making of Modern Japan*. Cambridge: Harvard University Press.

Kazin, Michael (2006). *A Godly Hero: The Life of William Jennings Bryan* (pág. 61). Nueva York: Alfred A. Knopf.

Manning, Patrick (2013). *Migration in World History*. Londres / Nueva York: Routledge.

McNeill, John Robert (2010). *Mosquito Empires: Ecology and War in the Greater Caribbean, 1620-1914*. Nueva York: Cambridge University Press.

Osterhammel, Jürgen (2014). *The Transformation of the World: A Global History of the Nineteenth Century*. Princeton / Oxford: Princeton University Press.

Pomeranz, Kenneth (2000). *The Great Divergence: China, Europe, and the Making of the Modern World Economy*. Princeton: Princeton University Press.

Pomeranz, Kenneth; Topik, Steven (2015). *The World That Trade Created: Society, Culture, and the World Economy, 1400 to the Present*. Nueva York: Routledge.

Postel, Charles (2007). *The Populist Vision*. Nueva York: Oxford University Press.

Robertson, Robbie (2003). *The Three Waves of Globalization: A History of a Developing Global Consciousness*. Nueva Escocia / Nueva York: Fernwood / Zed Books.

Stearns, Peter N. (2010). *Globalization in World History*. Londres / Nueva York: Routledge.

Velde, Francois R. (2002). «Following the Yellow Brick Road: How the United States Adopted the Gold Standard». *Economic Perspectives* (vol. 26, núm. 2).

Yamazaki, Katsuo (2013). *Hybrid Factories in Latin America: Japanese Management Transferred*. Basingstoke, Hampshire: Palgrave Macmillan.

